

# DETERMINISMO *VERSUS* LIBERTAD EN FREUD

JOSÉ ANTONIO GUERRERO DEL AMO  
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN: La pretensión de este trabajo es cuestionar la interpretación más generalizada de Freud, que le atribuye un determinismo estricto. La tesis que vamos a sostener es que, aunque Freud admite un determinismo general de carácter metodológico, opuesto a arbitrariedad, que haga posible la comprensión y explicación del psiquismo, el determinismo estricto que defiende lo reduce a los niveles inconscientes de la personalidad, de manera que no negaría un cierto grado de libertad en el ser humano. Esta libertad se concretaría en un cierto poder de la voluntad consciente y del yo para elegir, por medio de la reflexión, en función de sus aspiraciones. Su posición, por tanto, sería una forma de compatibilismo.

PALABRAS CLAVE: determinismo, libertad, Freud, compatibilismo, determinismo metodológico.

## *Determinism versus Freedom in Freud*

ABSTRACT: The aim of this paper is to discuss the most widespread interpretation of Freud, which attributes to him a strict determinism. The thesis we are going to support is the following: Although Freud admits a general determinism of a methodological kind, which is contrary to arbitrariness and can make the understanding of psychism possible, the strict determinism that he supports is reduced to the unconscious levels of personality, so that he would not deny a certain degree of freedom in human beings. This freedom would be a certain power of the conscious will and the «I» to choose, through reflection, according to its aspirations. His position, accordingly, would be a form of compatibilism.

KEY WORDS: determinism, freedom, Freud, compatibilism, methodological determinism.

## 1. INTRODUCCIÓN

La interpretación más generalizada del psicoanálisis freudiano le atribuye un determinismo estricto<sup>1</sup> que, de modo semejante a como el inconsciente cuestionaba la racionalidad y la conciencia como características definidoras del hombre, aquél pondría en duda su libertad. La pretensión de este trabajo es discutir una interpretación semejante. Nuestra tesis es que, si bien es cierto que Freud admite un cierto tipo de determinismo, en ningún caso con dicho determinismo pretende negar la libertad humana, porque, como mostraremos, aquél se

---

<sup>1</sup> Cf., por ejemplo, JONES, E., *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1996, vol. 1, p. 257; MANNONI, O., *Freud. El descubrimiento del inconsciente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997, pp. 77 y 95 (aunque, otras veces, parece que no atribuye a Freud un determinismo estricto —pp. 78 y 79—); EYSENCK, H. J., *Decadencia y caída del imperio freudiano*, Barcelona, Ediciones de Nuevo Arte Thor, 1988, pp. 16 y 18; WITTGENSTEIN, L., *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*, Barcelona, Paidós I.C.E / U.A.B., 1992, pp. 116-117; ERDELYI, M. H., *Psicoanálisis. La psicología cognitiva de Freud*, Barcelona, Labor, 1987, pp. 64 y ss.; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, T., *Psicoanálisis: evaluación epistemológica y modelos de validación empírica*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca / Caja Salamanca y Soria, 1991, pp. 27-29.

aplica a ciertos niveles de la personalidad y ésta a otros. De hecho, uno de los objetivos fundamentales de la terapia para Freud será lograr la autonomía del paciente de manera que pueda dirigir su vida. Para exponer y argumentar nuestra tesis, primero veremos el concepto de determinismo que utiliza nuestro autor, cuál es su alcance y el valor de las supuestas pruebas que hay para atribuírselo. En una segunda fase, nos centraremos en las abundantes manifestaciones de Freud, desde muy distintas perspectivas, en favor de una concepción libertarista del ser humano. Concluiremos nuestro trabajo con un intento de armonizar ambos tipos de propuestas sugiriendo que su posición cabría considerarla como una forma de compatibilismo.

## 2. CONCEPTO E HISTORIA DEL DETERMINISMO FREUDIANO

El concepto de determinismo freudiano, frente a lo que pudiera parecer por muchas de sus declaraciones, no es un concepto de determinismo estricto o absoluto que abarque toda la vida mental ni es un concepto que haya permanecido fijo a lo largo de toda su obra. Si analizamos detenidamente y dentro de su contexto sus afirmaciones deterministas veremos que el determinismo que sostiene se caracteriza por tener sentidos diferentes, a veces, complementarios, y, otras, no tanto. Las tesis en que se podrían sistematizar esos múltiples sentidos son:

- 1) Freud defiende un determinismo general de carácter metodológico, opuesto a arbitrariedad.
- 2) Ese determinismo metodológico tiene un doble sentido: se trata de condicionar en unos casos y de determinar en otros.
- 3) El determinismo estricto está limitado a ciertos niveles de la personalidad.
- 4) El determinismo freudiano, a menudo, parece oponerse a [la libertad de] espontaneidad.
- 5) No parece que Freud quiera comprometerse con un determinismo ontológico.

Empecemos por la primera de estas tesis. Uno de los hechos que inducen con más frecuencia a engaño en la obra de Freud es que, a menudo, utiliza expresiones que sugieren una interpretación determinista de las mismas, pero que, en realidad, lo que pretenden decir es simplemente que todos los fenómenos psíquicos no son fenómenos que ocurran por azar, arbitrariamente. Cuando Freud hace declaraciones tan conocidas como «observaréis que el investigador psicoanalítico se caracteriza por una estricta fe en el determinismo de la vida psíquica» (1909 [1910], II, 1552)<sup>2</sup>, o «el romper de este modo el determinismo

<sup>2</sup> Las citas de Freud proceden de la edición de sus *Obras Completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, 3 vols. Dicha edición, a nuestro entender, usa un

natural [dejando sin explicar los actos fallidos como hechos insignificantes que se encuentran fuera del encadenamiento de la fenomenología universal y que pudieran no haber ocurrido], aunque sea en un solo punto, trastornaría toda la concepción científica del mundo (*Weltanschauung*)» (1915-1917 [1916-1917], II, p. 2133), lo que está queriendo expresar es la imposibilidad de poder entender y explicar el funcionamiento del psiquismo si no suponemos que las cosas ocurren en él de un modo ordenado, regular, no caótico. Si los fenómenos psíquicos ocurriesen por azar, de forma arbitraria, entonces sería imposible alcanzar un conocimiento riguroso de los mismos, que, a su vez, imposibilitaría la explicación psicológica. Esto se ve claramente cuando esas afirmaciones se leen dentro del contexto de toda su obra y cuando los textos no se reducen a las dos líneas que se suelen citar. Veamos algunos textos que muestran esto:

«Para él [el investigador psicoanalítico] —continúa diciendo el primero de los textos que citábamos anteriormente— *no existe nada pequeño, arbitrario, ni casual en las manifestaciones psíquicas*; espera hallar siempre una *motivación* suficiente hasta en aquellos casos en que no se suele sospechar ni inquirir la existencia de la misma, y está incluso preparado a encontrar una *motivación* múltiple del mismo efecto psíquico, mientras que nuestra necesidad causal, que suponemos innata, se declara satisfecha con una única causa psíquica» (1909 [1910], II, 1552; las cursivas son nuestras).

«En 1901 expuse yo en un extenso trabajo [*Psicopatología de la vida cotidiana*] cómo toda una serie de acciones que se creían inmotivadas se hallaban por el contrario, estrictamente determinadas, y contribuí de este modo a limitar un tanto la *arbitrariedad psíquica*. Tomé como objeto los pequeños actos fallidos: el olvido, las equivocaciones orales y escritas y el extravío temporal de cosas, y demostré que cuando una persona comete un *lapis linguae* no se debe hacer responsable del mismo a la *casualidad...*» (1906, II, 1278; las cursivas son nuestras).

«... El olvido temporal de palabras y nombres perfectamente conocidos; el olvido de propósitos; las equivocaciones...; la pérdida y el extravío temporal de objetos; ciertos errores; los accidentes aparentemente casuales, y, por último, ciertos tics o movimientos habituales hechos como sin intención y por juego, y las melodías que se tararean sin pensar, etc.; *todo esto era abstraído a una explicación psicológica*, si tal se intentaba, siendo mostrado como rigurosamente determinado y reconocido como manifestación de intenciones retenidas de la persona o como consecuencia de la interferencia de dos intenciones, una de las cuales era permanente o momentáneamente inconsciente. Esta aportación a la Psicología entraña un múltiple valor. El perímetro de la deter-

---

castellano mucho más natural que la edición crítica de las *Obras completas*, 24 vols., de James Strachey, trad. de José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1978-1985, y, en consecuencia, nos parece preferible, con tal que se sustituya el término «instinto» por el de «pulsión», cuando Freud utiliza *Trieb* en alemán, en vez de *Instinkt*, cosa que hemos hecho. Citamos en primer lugar la fecha de redacción y después, entre corchetes, la de publicación (según la ordenación cronológica de Jacobo Numhauser Tognola, para la edición citada) cuando es distinta, seguida del volumen en números romanos y de la página en arábigos. La razón de que citemos primero la fecha de redacción es que nos parece más conveniente, para seguir mejor la evolución del tema que estamos tratando.

minación psíquica quedó así insospechadamente ampliado y disminuido el abismo supuesto sobre el suceder psíquico normal y el patológico» (1922 [1923], III, 2664; las cursivas son nuestras).

Todos estos textos y otros que se podrían citar, creemos que están dando a entender que lo que cree el investigador psicoanalítico es que nada ocurre arbitrariamente, que todo fenómeno psíquico tiene algún motivo, o que siempre hay algún factor que explica la ocurrencia de un hecho psíquico. Pero no parece que Freud quiera ir más allá y sostener que ese determinismo implica que las cosas, al menos en ciertos casos, no puedan ser de otra manera. Freud admite, incluso en sus obras más deterministas como *Psicopatología de la vida cotidiana*, que hay una motivación propia de la vida consciente, en la que habría lugar para la libertad y otra específica de la inconsciente, donde regiría la determinación:

«Si distinguimos la motivación consciente de la motivación inconsciente, ese sentimiento de convicción consciente [de la existencia del libre albedrío] no se extiende a todas nuestras decisiones motoras. *De minimis non curat lex*. Pero lo que por este lado queda libre recibe su motivación por el otro, por lo inconsciente, y de este modo queda conseguida, sin solución alguna de continuidad, la determinación en el reino psíquico» (1900-1901 [1901], I, 915-916).

Además, Freud también reconoce explícitamente que, en algunos casos, los resultados podrían ser de otro modo, aun dándose los mismos antecedentes, y que, por tanto, es imposible la predicción<sup>3</sup>. En su trabajo *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, expresará claramente esa idea:

«En este punto atrae nuestra atención una circunstancia con la que tropeizamos también en otros muchos casos de explicación psicoanalítica de un proceso anímico. En tanto que perseguimos regresivamente la evolución partiendo de su resultado final, vamos estableciendo un encadenamiento ininterrumpido y consideramos totalmente satisfactorio e incluso completo el conocimiento adquirido. Pero si emprendemos el camino inverso, partiendo de las premisas descubiertas por el análisis, e intentamos perseguir su trayectoria hasta el resultado, desaparece nuestra impresión de una concatenación necesaria e imposible de establecer de otra forma. Advertimos enseguida que el resultado podía haber sido distinto y que también hubiéramos podido llegar igualmente a comprenderlo y explicarlo. Así, pues, la síntesis no es tan satisfactoria como el análisis o, dicho de otro modo, el conocimiento de las premisas no nos permite predecir la naturaleza del resultado» (1920, II, pp. 2558-2559).

En consecuencia, para Freud, ese intento suyo de explicar todos los fenómenos psíquicos es compatible con que algunos pudieran ser de otra forma y, por tanto, con un cierto grado de libertad en algunos ámbitos de la vida humana. Esto nos lleva a sostener que su planteamiento determinista, en cuanto que

<sup>3</sup> Gay también ha indicado que, según Freud, no se pueden predecir ciertos fenómenos, aunque él lo explica por el papel destacado que tienen el azar y los accidentes en su concepción [cf. «Freud and Freedom», en A. RYAN (ed.), *The Idea of Freedom*, Oxford, Oxford University Press, 1979, p. 45].

afecta a toda la vida psíquica, consiste en un determinismo puramente metodológico dirigido a posibilitar un conocimiento riguroso del psiquismo.

Con lo expuesto no pretendemos negar que en Freud haya otro tipo de afirmaciones que sí tienen el sentido determinista habitual. Dichas afirmaciones se refieren principalmente, como luego explicaremos, al funcionamiento de las instancias y procesos inconscientes. La mezcla de ambos tipos de manifestaciones es lo que ha inducido a error y ha llevado a que se haga una lectura global de Freud como determinista absoluto, que pretende extender dicho determinismo a todo el psiquismo. Pero esa lectura, a nuestro juicio, no es correcta.

Por otra parte, creo que se puede establecer una conexión entre este determinismo metodológico de Freud y el carácter ilustrado de su obra: es la creencia en la capacidad de la razón para explicar las cosas, en este caso el funcionamiento del psiquismo, lo que estaría en la base de ese planteamiento determinista de tipo metodológico a la hora de estudiar el mismo. No obstante, no nos detendremos ahora en esta cuestión<sup>4</sup>.

En segundo lugar, está claro que, en los textos citados, Freud a menudo cae en una cierta confusión al usar indistintamente los términos «motivo» y «causa», ya que significan cosas bastante distintas<sup>5</sup>. Mientras el motivo no lleva necesariamente a la producción o realización de aquello de lo que es motivo, la causa, sí lo hace. Es decir, mientras entre la causa y su efecto hay una conexión de necesidad (no para Hume, por supuesto), ésta no existe entre el motivo y la conducta correspondiente. Ahora bien, si Freud usa ambos términos como intercambiables, se podría entender que no se quiere comprometer con ninguno de esos dos modos de conexión entre antecedentes y consecuentes, esto es, el sentido que le quiere dar a esos términos es un sentido más lato que el estrictamente determinista, a saber, el de algo que nos empuja en una dirección, pero no nos hace ir siempre necesariamente a la misma; esto es, en unos casos habrá determinación y en otros sólo habrá condicionamiento. Esto mostraría que a Freud no le interesaba tanto defender una posición determinista cuanto que lo que ocurre en el psiquismo está de algún modo influido por factores antecedentes que permiten explicarlo y entenderlo, esto es, darle un sentido. Una hipótesis plausible, ya sugerida, es que, dada la manera de hablar de Freud, podría ser que él pensara que unos factores son determinantes (los que proceden del inconsciente, que son los fundamentales, por ejemplo, en los sueños y las patologías) y otros condicionantes (los que actúan en la vida consciente normal). Eso quizás explicaría en parte la evolución que sobre el tema del determinismo se produce en su obra: en la medida en que el inconsciente pierde parte del papel casi absoluto que tenía en los primeros años y el yo consciente asume un papel

<sup>4</sup> Para el análisis y la discusión del carácter ilustrado de Freud, véase FROMM, E., *La misión de Sigmund Freud*, México, F.C.E., 1980, cap. 1; RODRÍGUEZ, M., *El niño acorralado. Freud y el discurso de la Modernidad*, Madrid, Ed. Libertarias, 1994, y GÓMEZ, C., *Freud, crítico de la ilustración*, Barcelona, Crítica, 1998.

<sup>5</sup> Cf. GÓMEZ SÁNCHEZ, C., *Freud y su obra. Génesis y constitución de la teoría psicoanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 332.

más importante (por lo menos en su exposición), el determinismo estricto va menguando.

En tercer lugar, por tanto, el determinismo en sentido estricto de Freud será un determinismo limitado a ciertos niveles y ámbitos de la personalidad, los inconscientes en su manifestación patológica, onírica, etc., pero no a toda la vida psíquica. Una parte de ésta, la consciente, escapa a dicho determinismo:

«La voluntad consciente no alcanza más allá de los procesos psíquicos conscientes, y toda coerción psíquica se funda en el psiquismo inconsciente. (...) Sabido es que el dominio de todos nuestros impulsos lo conseguimos haciendo actuar sobre ellos nuestras funciones psíquicas más altas, dotadas de conciencia» (1904 [1905], I, 1012-1013).

En cuarto lugar, al sostener una concepción determinista, parece que Freud también quiere negar que exista algo como la libertad de espontaneidad, que habían defendido tradicionalmente los libertaristas. Dicha libertad consistiría en la capacidad de un agente para (auto)determinarse a sí mismo. El problema de esa concepción es que supone que el agente puede determinarse substrayéndose (e, incluso, oponiéndose) a la influencia de los propios estados mentales. Dicha concepción, por tanto, se compromete, por un lado, con una idea del yo desarraigado y separado de lo psíquico que resulta difícilmente aceptable para alguien como Freud que buscaba un conocimiento riguroso del funcionamiento del psiquismo y, por otro, con una concepción de la libertad que la iguala a arbitrariedad, al separar los estados mentales (creencias, deseos, etc., esto es, las razones del agente) de las decisiones.

Por último, el que las cosas ocurran de un modo regular, no azaroso, no significa comprometerse con una concepción ontológica o metafísica de tipo determinista para todo el psiquismo. Freud creo que se sitúa exclusivamente en un plano epistemológico, en el que su interés principal es mostrar la posibilidad de un conocimiento científico de la vida psíquica. Como apunta Mannoni, su «teoría del determinismo no está muy elaborada. (...) [y] evita las dificultades metafísicas que no le interesan»<sup>6</sup> y, como señalábamos antes, sostiene de modo inequívoco que, en algunos casos, las cosas podrían ocurrir de modo distinto a como ocurren. Por todo eso, creo que su determinismo no es cerrado, no pretende expresar una concepción acerca de cómo son las cosas, de cómo es la realidad.

Por otra parte, el concepto de determinismo freudiano sufrió una evolución a lo largo de toda su obra. Wallwork ha sugerido que esa evolución se debe fundamentalmente a los cambios de modelos explicativos de la mente que fue adoptando. A su juicio, Freud habría pasado por tres etapas en el desarrollo de dichos modelos: 1) El período neurofisiológico, en el que «los elementos mecanicistas y deterministas cobran gran ascendiente en su pensamiento» y que estaría representado por el *Proyecto de una psicología para neurólogos*; 2) el período inicia-

<sup>6</sup> *Op. cit.*, p. 78. Gay cree igualmente que Freud «siguió este modo determinista de pensar sin preocuparse, sin ninguna conciencia de sus obscuridades, de su naturaleza problemática» («Freud and Freedom», p. 42).

do con *La interpretación de los sueños*, que duraría hasta 1919, y que se caracteriza por la utilización de modelos psicológicos, y en el que mantendría una postura ambigua con respecto al determinismo al «entrañar [estos modelos, por un lado] un determinismo estricto debido al abundante empleo que hace de las metáforas mecanicistas», y resaltar, por otro, la idea de la libertad al formular la meta del psicoanálisis; 3) el período posterior a 1919, en el que «el ego es una entidad activa que conserva alguna capacidad de elección dentro de los límites fijados por los deseos innatos»<sup>7</sup>.

Esta propuesta de Wallwork nos parece discutible, porque creemos que esas etapas no están tan delimitadas como él sugiere. En primer lugar, Freud en ningún momento abandona totalmente los modelos mecánicos, sólo que los aplica a unas instancias de la personalidad y no a otras. Aunque es cierto que comienza proponiendo un modelo puramente neurofisiológico, que inmediatamente sustituye por un modelo psicológico, tanto en *Más allá del principio del placer* (1920) como, de forma más desarrollada, en *El ello y el yo* (1923) propone un modelo, que en palabras de Fromm, podemos denominar biológico<sup>8</sup> y que, a nuestro juicio, sigue teniendo todavía una base materialista y mecanicista, con lo que eso implica para el determinismo. Allí dirá:

«A cada una de estas dos clases de pulsiones<sup>9</sup> [Eros y de muerte] se hallaría asociado un proceso fisiológico especial (creación y destrucción), y en cada fragmento de sustancia viva actuarían, si bien en proporción distinta, pulsiones de las dos clases, debiendo así existir una sustancia que constituiría la representación principal del Eros. No nos es posible determinar todavía de qué manera se enlazan, mezclan y alían entre sí tales pulsiones; pero es indudable que su combinación es un hecho regular. A consecuencia del enlace de los organismos unicelulares con seres vivos policelulares se habría conseguido neutralizar la pulsión de muerte de la célula aislada y derivar los impulsos destructores hacia el exterior por mediación de un órgano especial. Este órgano sería el sistema muscular, y la pulsión de muerte se manifestaría entonces, aunque sólo fragmentariamente, como pulsión de destrucción orientada hacia el mundo exterior y hacia otros seres animados» (1923, III, 2717).

Ahora bien, eso no significa, como veremos en la última parte de este trabajo, que no haya instancias superiores por encima de esas dos clases de pulsiones que permitan escapar en ciertos ámbitos de la vida humana al determinismo característico de ese nivel.

En segundo lugar, Freud habla de actos voluntarios a lo largo de las tres etapas que señala Wallwork y no sólo en las dos últimas. Así, por ejemplo, en *Estudios sobre la histeria* de 1895, que pertenecería, por tanto, a la primera etapa, señalaba que «la disociación de la conciencia en estos casos de histeria adqui-

<sup>7</sup> WALLWORK, E., *El psicoanálisis y la ética*, México, F.C.E., 1994, pp. 69-71. También puede verse para esta evolución de los modelos HABERMAS, J., *Conocimiento e interés*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 247-248.

<sup>8</sup> Cf. *Grandeza y limitaciones del psicoanálisis*, México, Siglo XXI, 1991, pp. 128-129.

<sup>9</sup> Hemos corregido la traducción de López-Ballesteros, sustituyendo «instintos» por «pulsiones».

rida es, por tanto, voluntaria e intencionada o, por lo menos, iniciada, con frecuencia, por un acto de voluntad» (1895, I, 100).

Todo esto no nos lleva a negar que ha habido una cierta evolución en las manifestaciones de Freud sobre el determinismo y la libertad, sino más bien a señalar que esa evolución se debe sobre todo a un incremento del papel activo que, al menos en sus explicaciones, juega el yo consciente en la dinámica del psiquismo, y que dicha evolución no consiste en el abandono paulatino del determinismo y la comprensión progresiva de *toda* la vida psíquica en términos de libertad, sino a la reducción del determinismo a ciertas instancias de la personalidad (las inconscientes) y la aplicación de la libertad a otras (las conscientes: la voluntad, el yo).

### 3. EL CONTEXTO FORMATIVO: MECANICISMO FISIOLÓGICO Y HUMANISMO FILOSÓFICO

Es habitual en la literatura sobre Freud buscar el origen de su supuesto determinismo en la influencia que sobre él habría ejercido la escuela de fisiología de Helmholtz, a la que también pertenecían Brücke, Dubois-Reymond y Ludwig<sup>10</sup>. Dicho grupo habría adoptado un enfoque fisicista y mecanicista, cuya forma de expresión máxima habría sido el famoso juramento que realizaron Du Bois-Reymond y Brücke, según señalaba el primero en 1892. Este juramento decía que «no existen en el organismo otras fuerzas activas que las fuerzas físicas y químicas corrientes. En aquellos casos que, por el momento, no pueden ser explicados por estas fuerzas, se debe tratar de hallar la forma o vía específica de la acción de estas últimas, mediante el método físico matemático, o bien suponer la existencia de nuevas fuerzas, iguales en dignidad a las fuerzas físico-químicas inherentes a la materia, y reductibles a la fuerza de atracción y repulsión»<sup>11</sup>. Como todo el mundo sabe, Freud siendo estudiante trabajó algún tiempo en el laboratorio de Fisiología de Brücke, de quien habría recibido una influencia decisiva para toda su vida. Jones llega a sugerir que «los principios sobre los cuales edificó sus teorías los adquirió en su época de estudiante de medicina y bajo la influencia de Brücke. El emanciparse de esta influencia no consistió para Freud en renunciar a esos principios, sino en llegar a ser capaz de aplicarlos empíricamente a los fenómenos mentales prescindiendo de toda base anatómica»<sup>12</sup>. Bajo esa influencia habría asimilado un naturalismo positivista y un planteamiento materialista físico-químico y determinista y lo habría aplicado a su concepción sobre el funcionamiento del psiquismo<sup>13</sup>.

<sup>10</sup> Cf. JONES, E., *op. cit.*, vol. 1, p. 257; LAPLANCHE, J., *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, pp. 46-47; WALLWORK, E., *op. cit.*, p. 67; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, T., *op. cit.*, pp. 27-28.

<sup>11</sup> Recogido en JONES, E., *op. cit.*, vol. 1, pp. 51-52.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 56.

<sup>13</sup> Para este tema, véase también ASSOUN, *Freud. La filosofía y los filósofos*, Barcelona, Paidós, 1982, pp. 224-226.



Ante este modo de argumentar la cuestión, conviene indicar, en primer lugar, que, aunque el ambiente en el que uno se forma es fundamental para explicar las posiciones que adopta, en ningún caso se puede tomar como prueba definitiva de que se han adoptado esas posiciones, si no tenemos otros elementos de juicio distintos. En segundo lugar, como ha señalado Wallwork<sup>14</sup>, el ambiente en el que se formó Freud no era un ambiente exclusivamente determinista, sino que también formaban parte del mismo autores como Brentano que tenían una concepción libertarista del hombre<sup>15</sup>. Gay cuenta cómo Freud, en su época de estudiante universitario, llevado por sus intereses filosóficos, se introdujo en el ambiente de Brentano y «asistió a no menos de cinco cursos de conferencias y seminarios» ofrecidos por el maestro<sup>16</sup>. La influencia de éste, según admite el propio Freud a su amigo Silberstein, le habría llevado a renegar del materialismo<sup>17</sup>, al que durante un tiempo se adhirió de un modo extremo (1898-1899 [1900], I, 476)<sup>18</sup>. Es, desde luego, discutible que esa renuncia al materialismo que Freud admite en un momento concreto sea definitiva, entre otras cosas, porque mucho de lo dicho y de lo que diremos parece que lo desmiente; y también resulta sumamente aventurado sugerir que ese rechazo implica la renuncia a una concepción determinista estricta, aunque ambos puntos de vista, a menudo, suelen ir unidos. Pero sí que creemos que es un dato importante a tener en cuenta. Y, en cualquier caso, nuestro propósito es sólo mostrar que en la formación de Freud, además de la influencia del ambiente fisicista y mecanicista, hubo también influencias humanistas que lo podrían haber encaminado hacia una concepción libertarista del hombre.

#### 4. EL DETERMINISMO COMO PRESUPUESTO DE LA CIENCIA<sup>19</sup>

Una de las pruebas que se suelen aducir para argumentar que Freud fue un determinista es que habría señalado que la ciencia presupone una concepción semejante, sin la cual sería imposible. El argumento, en palabras del propio Freud, dice lo siguiente:

<sup>14</sup> *Op. cit.*, pp. 67-69.

<sup>15</sup> Para la influencia de otros filósofos en Freud, en la que nosotros no vamos a entrar ahora, puede verse el libro citado anteriormente de ASSOUN, *Freud. La filosofía y los filósofos*.

<sup>16</sup> *Freud. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Paidós, 1989, p. 53.

<sup>17</sup> Carta del 13-15 de marzo de 1875 a Silberstein, en CAPARRÓS SÁNCHEZ, N. (comp.), *Edición crítica de la correspondencia de Freud establecida por orden cronológico*, Madrid, Quipú Ediciones/Biblioteca Nueva, 1995, tomo I: 1871-1886, *La Prehistoria del psicoanálisis*, p. 113.

<sup>18</sup> Véase también JONES, *op. cit.*, vol. 1, p. 54.

<sup>19</sup> En nuestra exposición vamos a utilizar la clasificación que ha hecho Wallwork (*op. cit.*, pp. 71-82) de las pruebas que pueden encontrarse en Freud en apoyo del determinismo, a saber, el argumento del postulado científico, el argumento genético y el argumento metapsicológico. Por lo demás, la sistematización general que ha realizado este autor del tema del determinismo y la libertad en Freud con frecuencia nos ha servido de guía en mucho de lo expuesto en este trabajo, aunque diferimos en varias de sus tesis más fundamentales.

«El romper de este modo el determinismo natural [dejando sin explicar los actos fallidos como hechos insignificantes que se encuentran fuera del encadenamiento de la fenomenología universal y que pudieran no haber ocurrido], aunque sea en un solo punto, trastornaría toda la concepción científica del mundo (*Weltanschauung*)» (1915-1917 [1916-1917], II, 2133).

«Ya antes me permití reprocharos vuestra creencia, profundamente arraigada, en la libertad y la espontaneidad psicológicas, y os dije que semejante creencia es por completo anticientífica y debe desaparecer ante la reivindicación de un determinismo psíquico» (1915-1917 [1916-1917], II, 2184).

Esta prueba se suele reforzar recurriendo a las influencias del positivismo y del cientifismo del ambiente intelectual de Freud y especialmente de la Escuela de Fisiología de Helmholtz, a las que nos referíamos antes. En cualquier caso, es una prueba que está íntimamente relacionada con el concepto de determinismo metodológico que nosotros le hemos atribuido y no vamos a repetir las consideraciones hechas antes al hablar de él. No obstante, si conviene dejar claro que es una prueba que tiene un valor relativo. Si lo que pretendemos es argumentar que Freud sostuvo un determinismo absoluto para todo el psiquismo, entonces el que se acepte el determinismo (metodológico) como un presupuesto de la ciencia no es un argumento que se pueda esgrimir en su apoyo. Si lo que queremos es apoyar un tipo de determinismo más débil, compatible con la libertad o, al menos, con cierto tipo de libertad, en ese caso se podría usar como argumento a su favor, pero entonces se estaría defendiendo alguna forma de compatibilismo como haremos nosotros.

## 5. LOS MODELOS DETERMINISTAS METAPSICOLÓGICOS

Un segundo argumento en favor del determinismo freudiano lo encontraríamos en los modelos que utiliza para explicar el funcionamiento del psiquismo, que serían puramente mecánicos<sup>20</sup> y, por tanto, deterministas. En la medida en que Freud, como veíamos, compara el psiquismo con un medio mecánico, que funciona de acuerdo con leyes causales, no habría lugar para la elección libre del sujeto. Las afirmaciones más claras de Freud en esa línea son las realizadas en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Allí señala que «la finalidad de este proyecto es la de estructurar una psicología que sea una ciencia natural; es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, dando así a esos procesos un carácter concreto e inequívoco. El proyecto entraña dos ideas cardinales: 1) lo que distingue la actividad del reposo debe concebirse como una cantidad sometida a las leyes generales del movimiento; 2) como partículas materiales en cuestión deben admitirse las neuronas» (1895 [1950], I, p. 211). Evidentemente, en

<sup>20</sup> Cf., por ejemplo, EYSENCK, *op. cit.*, p. 18; SKINNER, *Ciencia y conducta humana*, Barcelona, Fontanella, 1974, p. 398; HABERMAS, *op. cit.*, 237.

la literalidad de un planteamiento semejante parece difícil que el sujeto pueda elegir libremente. Pocos años más tarde, en el capítulo final de *La interpretación de los sueños* todavía sigue proponiendo un modelo en gran parte mecanicista y determinista, aunque ahora de carácter psicológico. Allí indica, por ejemplo, que podemos «representarnos el instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas como un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante» (1898-1899 [1900], I, 672), esto es, algo de tipo mecánico. Posteriormente y, al menos en apariencia, atenuará algo ese supuesto determinismo, aunque, a nuestro juicio, como ya decíamos, tanto en *Más allá del principio del placer* (1920) como, de forma más desarrollada, en *El ello y el yo* (1923) todavía seguirá proponiendo planteamientos que tienen un componente mecanicista y determinista (véase el texto citado anteriormente de 1923, III, 2717).

¿Qué valor hemos de darle a este argumento? Lo primero que cabe señalar es que el propio Freud, cuando en *La interpretación de los sueños* compara «el instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas» con un microscopio compuesto, con un aparato fotográfico o algo semejante, advierte que «estas comparaciones no tienen otro objeto que el auxiliarnos en una tentativa de llegar a la comprensión de la complicada función psíquica total... Creo —añade— que nos es lícito dejar libre curso a nuestras hipótesis, siempre que conservemos una perfecta imparcialidad de juicio y no tomemos nuestra débil armazón por un edificio de absoluta solidez» (1898-1899 [1900], I, 672).

En segundo lugar, incluso cuando Freud está proponiendo dichos modelos no deja de hablar de la voluntad libre. Así en el mismo capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud habla de «aquello que dirige nuestra vida despierta y decide sobre nuestra actividad voluntaria y consciente» (1898-1899 [1900], I, 674).

En tercer lugar, esos modelos mecánicos a los que recurre Freud vendrían exigidos en cierto modo por el determinismo metodológico del que hablábamos antes, esto es, serían una concreción de ese orden que busca establecer sobre el funcionamiento del psiquismo y, como en aquel caso, su uso va dirigido a comprender y dar un sentido a lo que ocurre en el mismo y, por tanto, su valor como prueba en favor del determinismo estricto es relativa.

En cuarto lugar, aunque la evolución del pensamiento de Freud no va tan claramente como señala Wallwork hacia una desaparición de dichos modelos en su obra, sí que hay una cierta disminución de la importancia de los mismos en su exposición y un aumento del énfasis que pone en la capacidad de la voluntad consciente y, después, con base en la segunda tópica, en la capacidad del yo para elegir, de las que daremos cuenta más adelante.

Por último, y más importante, la utilización de tales modelos es compatible, como mostraremos, con la aceptación de que el determinismo que entrañan no alcance a algunos ámbitos de la vida psíquica.

Por todas estas razones creemos que este argumento que, *prima facie*, puede parecer muy sólido, es bastante menos poderoso de lo que piensan sus defensores, aparte de que se tiene que contraponer a todas las afirmaciones en favor de la libertad que iremos viendo.

## 6. EL SUPUESTO APOYO DE LA TEORÍA GENÉTICA DE LA PERSONALIDAD AL DETERMINISMO

Como señala Wallwork<sup>21</sup>, este argumento ha sido propuesto y desarrollado especialmente por J. Hospers. Éste sostiene que, según el psicoanálisis, «la vida consciente del ser humano, incluyendo decisiones y voliciones, es meramente un portavoz para el inconsciente —no directamente para la promulgación de los impulsos inconscientes, sino de los compromisos entre impulsos inconscientes y censuras inconscientes—. Detrás de las escenas que el autómatá llamado la personalidad consciente interpreta están los Tres Grandes: el ello, un «eterno pedigüño», presenta sus deseos y exige su inmediata satisfacción; el super yo dice no a los deseos que se le acaban de presentar, y el yo consciente, el mediador entre los dos, intenta establecer la paz por medio del compromiso». «Lo importante para nosotros en este contexto —sigue señalando Hospers— es que es el inconsciente el que determina lo que el impulso consciente y la acción consciente serán. (...) Siempre hemos sido conscientes del hecho de que no somos los dueños de nuestro destino en todos los aspectos —que hay muchas cosas que no podemos hacer, que la naturaleza es más poderosa que nosotros, que no podemos desobedecer las leyes sin peligro de represalias, etc.—. Más tarde nos hemos hecho también más conscientes, aunque los novelistas y los dramaturgos siempre han sido plenamente conscientes de ello, de que no somos libres con respecto a las emociones que sentimos —a quién queremos u odiamos, a qué tipos admiramos, y cosas semejantes—. Todavía más tarde hemos advertido que hay motivaciones inconscientes para nuestras atracciones y repulsiones básicas, nuestras acciones compulsivas o nuestra falta de habilidad para actuar. Pero lo que no son noticias bienvenidas es que nuestros mismos actos de voluntad, y la sucesión entera de deliberaciones que nos conducen a ellos, no son sino fachadas para la expresión de deseos inconscientes, o mejor, de compromisos y defensas inconscientes»<sup>22</sup>.

Hospers insiste en que esta no es una simple manera de hablar. Además, señala que todo esto comienza desde la edad más temprana, de modo que la estructura de la personalidad carece de elasticidad después de los cinco años y, en muchos casos, después de los tres. El que uno adquiera, por ejemplo, una neurosis depende de lo que ocurra en esta edad y es tan involuntario como una calamidad de Dios. «Hablar de seres humanos como marionetas en este contexto no es una mera metáfora, sino una traducción exacta de un hecho crudo»<sup>23</sup>.

Por tanto, expuesto de una manera simple, el argumento de Hospers sería más o menos el siguiente: la conducta, aparentemente libre y consciente, es el

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 73.

<sup>22</sup> «Meaning and Free Will», *Philosophical and Phenomenological Research*, vol. 10, n.º 3 (Mar. 1950), pp. 317-318.

<sup>23</sup> *Loc. cit.*, p. 321.

resultado de fuerzas inconscientes que no controlamos. Esas fuerzas (inconscientes) que nos mueven, a su vez, tienen su origen en la dinámica de la personalidad (constituida por el ello, el yo y el super-yo), que se ha configurado desde la más temprana edad, sin que el propio sujeto (consciente) haya tenido capacidad para dirigirla en un sentido u otro. En consecuencia, estamos totalmente determinados y la libertad es una mera apariencia.

Lo primero que hay que decir con respecto a este argumento de Hospers es que se equivoca cuando dice que la personalidad consciente es un autómeta<sup>24</sup>. Más adelante veremos cómo Freud insiste en el poder consciente de la voluntad frente al determinismo inconsciente y en el control ejercido por el yo y su capacidad de elección. Por ahora citaremos sólo un par de textos a modo de adelanto:

«La aportación de los deseos sexuales a la conciencia, conseguida por el análisis, hace más bien posible el dominio de los mismos, inalcanzable antes a causa de la represión. Puede más bien decirse que el análisis libera al neurótico de las ligaduras de su sexualidad» (1922 [1923], III, 2672-2673).

«La voluntad consciente no alcanza más allá de los procesos psíquicos conscientes, y toda coerción psíquica se funda en el psiquismo inconsciente. (...) Sabido es que el dominio de todos nuestros impulsos lo conseguimos haciendo actuar sobre ellos nuestras funciones psíquicas más altas, dotadas de conciencia» (1904 [1905], I, 1012-1013).

Por otra parte, la mayoría de los ejemplos que pone Hospers para ilustrar y apoyar su argumentación son ejemplos de casos patológicos (la mujer que elige vez tras vez al marido equivocado en función de su tendencia masoquista sin darse cuenta de ello; el jugador que no puede dejar de arriesgar aunque pierda todo, creyendo que es el agente que «libremente decide el curso de sus acciones», cuando en realidad es la víctima de su intento de liberarse de su narcisismo infantil lesionado por su madre; el hombre que se lava las manos continuamente y lo razona diciendo que están sucias y necesita lavárselas, cuando en realidad su comportamiento es el resultado de una compulsión patológica, etc.). Ahora bien, este tipo de casos en gran parte no sirve para argumentar en favor del determinismo de Freud, ya que, como veremos después, él deja bien claro que lo que caracteriza los sujetos patológicos es precisamente la carencia o la merma de libertad en aquellos factores que originan la patología, esto es, que el yo no puede controlar los contenidos y las fuerzas inconsciente que están en la raíz de su enfermedad. Pero Freud en ningún caso señala que en los sujetos normales no haya un cierto control por parte del yo consciente sobre su vida. Por todo esto, esos casos difícilmente servirían para apoyar la argumentación del crítico.

Freud sí que estaría de acuerdo con Hospers en que nuestra libertad es bastante limitada, puesto que hay muchos aspectos de nuestra vida que escapan a nuestro control.

<sup>24</sup> Cf. WALLWORK, *op. cit.*, p. 74.

## 7. LA FINALIDAD DE LA TERAPIA

Como decíamos en la introducción, frente a todos los textos que hemos venido analizando y que nos presentarían un Freud determinista, se pueden aducir toda otra serie de textos que nos dan una visión muy distinta de él y que nos lo presentaría en gran parte como un libertarista. Empezaremos por las numerosas manifestaciones que Freud realiza a lo largo de toda su obra y desde las más diversas perspectivas, señalando que la finalidad de la terapia es lograr la autonomía del paciente<sup>25</sup>. Citaremos las más destacadas:

«Puedo, además, aseguraros que estáis en un error si creéis que aconsejar y guiar al sujeto en las circunstancias de su vida forma parte de la influencia psicoanalítica. Por el contrario, rechazamos siempre que nos es posible este papel de mentores, y nuestro solo deseo es el de ver al enfermo adoptar por sí mismo sus decisiones» (1915-1917 [1916-1917], II, 2392).

«El analítico respeta la peculiaridad del paciente, no procura modificarla conforme a sus propios ideales, y le es muy grato ahorrarse consejos y despertar, en cambio, la iniciativa del analizado» (1922 [1923], III, 2672).

«[El análisis] ha de dar al yo del enfermo la libertad para decidirse en esta forma o en otra cualquiera» (1923, III, 2722, n. 1647)<sup>26</sup>.

El modo como la terapia va a lograr devolver la autonomía y la libertad al paciente también es expuesto claramente por Freud: se tratará de traer a la conciencia aquellos contenidos, que al estar fuera de la misma escapan a su control. Una vez se hagan conscientes, el paciente vuelve a recuperar el dominio sobre los mismos y se queda liberado:

«La aportación de los deseos sexuales a la conciencia, conseguida por el análisis, hace más bien posible el dominio de los mismos, inalcanzable antes a causa de la represión. Puede más bien decirse que el análisis libera al neurótico de las ligaduras de su sexualidad» (1922 [1923], III, 2672-2673)<sup>27</sup>.

Me parece que todos estos pronunciamientos inequívocos a favor de la libertad deberían haber llevado a los defensores del determinismo freudiano, cuando menos, a buscar una forma de evitarle la aparente contradicción entre el determinismo que le atribuyen y lo que dice en estos textos. Pero dejando esa cuestión para más adelante, el concepto de libertad que se desprende de estos textos es el de una capacidad por parte del sujeto para decidir en su vida, esto es, elegir entre diversas alternativas, y darle la orientación que considere más oportuna. Este concepto parece que tiene las dos características que son necesarias para que haya libertad, a saber, autonomía (autodeterminación) y exis-

<sup>25</sup> Cf. GAY, *op. cit.*, p. 52; WALLWORK, *op. cit.*, pp. 70-71 y 77.

<sup>26</sup> Otros lugares en los que Freud viene a sostener la misma idea son: 1912, II, 1652; 1914 [1915], II, 1695; 1920, III, 2547.

<sup>27</sup> Véase más adelante el apartado «El poder consciente de la voluntad y del yo y su capacidad de elección frente al determinismo inconsciente».

tencia de diversas alternativas<sup>28</sup>. Es cierto que la autodeterminación se puede entender de formas diferentes: bien como la capacidad de determinarse por parte del agente, independientemente de sus estados mentales o bien como la capacidad de determinarse, según sus propios estados mentales; y que en un caso se trataría de un concepto de libertad libertarista y en otro de un concepto compatible de la misma. Ya veremos más adelante el modo de entender esa autonomía que nosotros encontramos en Freud<sup>29</sup>.

## 8. LA RESPONSABILIDAD MORAL Y JURÍDICA

Otro de los contextos en los que Freud pone de manifiesto su creencia en la libertad es cuando habla de la responsabilidad moral y de la responsabilidad jurídica de las personas. Cualquiera que tenga unos conocimientos mínimos de ética o filosofía del derecho sabe que una de las condiciones de la responsabilidad moral o jurídica es la libertad. Sólo en la medida en que los seres humanos somos libres, esto es, tenemos capacidad para elegir entre diversas alternativas se nos puede pedir responsabilidad. La responsabilidad consistiría en la demanda de una explicación o una justificación de por qué hemos elegido esa alternativa en vez de otra y, por tanto, de cargar con las consecuencias que se sigan de la alternativa elegida. Freud en varias ocasiones señala que las personas somos responsables y nuestro comportamiento, por tanto, puede valorarse moral o jurídicamente. Ahora bien, eso sólo es posible en la medida en que seamos libres. Luego, Freud admitiría una concepción del hombre en la que éste es libre. Veamos el apoyo textual de lo que estamos diciendo:

«Es singular que la tragedia [*Edipo Rey*] de Sófocles no provoque en el lector la menor indignación y que, en cambio, las inofensivas teorías psicoanalíticas sean objeto de tan enérgicas repulsas. El Edipo es, en el fondo, una obra inmoral, pues suprime la responsabilidad del hombre, atribuye a las potencias divinas la iniciativa del crimen y demuestra que las tendencias morales del individuo carecen de poder para resistir a las tendencias criminales» (1915-1917 [1916-1917], II, 2329).

«Todas nuestras instituciones sociales están constituidas por personas con un yo unitario, normal, al que se puede clasificar de bueno o de malo y que llena su función o es excluido por una influencia más poderosa. De aquí la alternativa legal de responsable o irresponsable» (1926, III, 2935).

<sup>28</sup> Cf. MOYA, C., «Libertad y responsabilidad moral», en J. E. CORBÍ y C. MOYA (eds.), *Ensayos sobre libertad y necesidad*, Valencia, Pre-textos, 1997, pp. 114-116.

<sup>29</sup> Gay ha señalado que la libertad que defiende Freud, según la famosa división de I. Berlin (véase *Dos conceptos de libertad y otros ensayos*, Madrid, Alianza Ed., 2001) entre libertad negativa y libertad positiva, sería de tipo negativo, ya que «al remover las inhibiciones, quitar las represiones, corregir las distorsiones, reducir la ansiedad, el análisis, si se puede decir así, ha roto los grilletes mentales de las muñecas del analizado» («Freud and Freedom», p. 59). Nosotros dudamos de que sea exclusivamente de ese tipo, ya que los textos citados de Freud insisten en la iniciativa, la capacidad de decidir del analizado, etc., que apuntarían a un concepto positivo de la misma.

## 9. EL PODER CONSCIENTE DE LA VOLUNTAD Y DEL YO Y SU CAPACIDAD DE ELECCIÓN FRENTE AL DETERMINISMO INCONSCIENTE

Como ya hemos apuntado anteriormente, Freud va a insistir, desde una época relativamente temprana, en el poder que tiene la voluntad sobre los procesos psíquicos conscientes, mientras que los inconscientes escaparían a ese control. Por eso, de lo que se trata en el proceso de análisis es de traer a la conciencia esos materiales inconscientes que ejercen una coerción sobre el paciente y hacen que se aparte de lo normal, para que aquélla pueda ejercer un control sobre ellos y adquirir una cierta capacidad para decidir libremente<sup>30</sup>:

«Pero si os colocáis en nuestro punto de vista, advertiréis enseguida que la traducción a lo consciente del material inconsciente dado en la vida anímica del enfermo tiene que corregir su desviación de lo normal y destruir la coerción que pesa sobre su vida psíquica. La voluntad consciente no alcanza más allá de los procesos psíquicos conscientes, y toda coerción psíquica se funda en el psiquismo inconsciente. (...) Sabido es que el dominio de todos nuestros impulsos lo conseguimos haciendo actuar sobre ellos nuestras funciones psíquicas más altas, dotadas de conciencia» (1904 [1905], I, 1012-1013).

«La enferma aprende de él [el analista] a dominar el principio de placer y a renunciar a una satisfacción próxima, pero socialmente ilícita, a favor de otra más lejana e incluso incierta, pero irreprochable tanto desde el punto de vista psicológico como desde el social. Para alcanzar un tal dominio, ha de ser conducida a través de las épocas primitivas de su desarrollo psíquico y conquistar en ese camino aquel incremento de la libertad anímica que distingue a la actividad psíquica consciente —en un sentido sistemático— de la inconsciente» (1914 [1915], II, 1696).

Ese poder de la voluntad sobre lo consciente tiene su continuidad, a medida que Freud vaya desarrollando la segunda tópica, en la importancia cada vez mayor que le va a ir dando al yo como el componente de la personalidad que puede ejercer un control sobre los impulsos y los actos («el acceso a la motilidad», en palabras de Freud) del individuo y en la capacidad que tiene para poder elegir<sup>31</sup>:

«El hombre... se siente soberano en su propia alma. En algún lugar del nódulo de su yo se ha creado un nódulo inspector, que vigila sus impulsos y sus actos, inhibiéndolos y retrayéndolos implacablemente cuando no coinciden con sus aspiraciones. Su percepción interna, su conciencia, da cuenta al yo en todos los sucesos de importancia que se desarrollan en el mecanismo anímico, y la voluntad dirigida por estas informaciones ejecuta lo que el yo

<sup>30</sup> Tanto Gay («Freud and Freedom», p. 55) como F. A. Weiss [«Determinism and Freedom in Psychoanalysis: 'Awareness and Responsibility'. A Round Table Discussion», *American Journal of Psychoanalysis*, 1968 (28), p. 60] también han insistido en que, según el psicoanálisis, la toma de conciencia nos hará más libres.

<sup>31</sup> Este es uno de los puntos centrales también en la propuesta de Wallwork (*op. cit.*, pp. 99 y ss.), aunque, como veremos después, el conjunto interpretativo en el que se integra difiere considerablemente del nuestro.



ordena y modifica aquello que quisiera cumplirse independientemente. Pues esta alma no es algo simple, sino más bien una jerarquía de instancias, una confusión de impulsos, que tienden independientemente unos de otros, a su cumplimiento correlativamente a la multiplicidad de los instintos y de las relaciones con el mundo exterior. Para la función es preciso que la instancia superior reciba noticia de cuanto se prepara, y que su voluntad pueda llegar a todas partes y ejercer por doquiera su influjo. Pero el yo se siente seguro, tanto de la fidelidad de las noticias como de la transmisión de sus mandatos» (1916 [1917], III, 2434-2435).

«El yo representa lo que pudiéramos llamar la razón o la reflexión, opuestamente al ello que contiene las pasiones. La importancia funcional del yo reside en el hecho de regir normalmente los accesos a la motilidad. Podemos, pues, compararlo, en sus relaciones con el *Ello*, al jinete que rige y refrena la fuerza de su cabalgadura, superior a la suya, con la diferencia de que el jinete lleva esto a cabo con sus propias energías y el yo, con energías prestadas. Pero así como el jinete se ve obligado alguna vez a dejarse conducir a donde su cabalgadura quiere, también el yo se nos muestra forzado en ocasiones a transformarse en acción la voluntad del *Ello*, como si fuera la suya propia» (1923, III, 2708).

«[El yo] mediante la interpolación de procesos mentales consigue un aplazamiento de las descargas motoras y domina los accesos a la motilidad. Este dominio es, de todos modos, más formal que efectivo. Por lo que respecta a la acción, se halla el yo en una situación semejante a la de un monarca constitucional, sin cuya sanción no puede legislarse nada, pero que reflexionará mucho antes de oponer su veto a una propuesta del Parlamento» (1923, III, 2727).

«El yo domina tanto el acceso a la conciencia como el paso a la acción hacia el mundo exterior, y en la represión ejerce su poderío en ambas direcciones: por un lado sobre la representación instintiva, y, por otro, sobre el impulso instintivo mismo. Surge aquí la cuestión de cómo este reconocimiento del poderío del yo puede conciliarse con la descripción que de la situación del mismo hicimos en nuestro estudio *El "yo" y el "ello"*, en el cual afirmábamos que el yo se hallaba, tanto con respecto al *ello* como con respecto al *super-yo*, en una relación de dependencia y describimos su impotencia y su ansiedad hacia ambos, revelando la trabajosa dificultad con que mantenía su apariencia de superioridad. Este aserto ha encontrado desde entonces resonante eco en la literatura psicoanalítica, siendo ya muchos los autores que acentúan insistentemente la debilidad del yo con respecto al *ello*, de lo racional con respecto a lo demoníaco dentro de nosotros, disponiéndose a convertir este principio en base fundamental de una "concepción psicoanalítica del universo". Ahora bien, el conocimiento de cómo actúa la represión es quizás muy apropiado para retener al analítico ante tan extrema y unilateral apreciación» (1925 [1926], III, 2838).

La concepción del ser humano que subyace a las afirmaciones de estos textos es una concepción que muy bien podría ser suscrita por cualquier libertarista, con la diferencia de que Freud no cae en algunos de los absurdos de ese planteamiento, como es el convertir a la acción en algo arbitrario. En primer lugar el yo se identifica en una parte importante con las aspiraciones que tiene (con su proyecto vital, en términos orteguianos). Eso significa alejarse, como ya señalábamos anteriormente, de concepciones libertaristas puras, que reducen

la libertad a arbitrariedad. En segundo lugar, el yo es racional y reflexivo. En tercer lugar la libertad que tenemos es una libertad limitada, ya que en algunos casos no podemos tener un control total sobre ciertos impulsos. Pero, por otra parte, esa libertad limitada se puede ir expandiendo a medida que nuestro conocimiento de lo que ocurre en el psiquismo sea mayor. Por último, Freud concibe el psiquismo como algo en conflicto, de forma semejante a la propuesta que hace Platón en *El Fedro* y *La República*, pero en la que hay unas instancias superiores que son las encargadas de resolver dichos conflictos. Me parece que es una concepción que, por un lado, coincide en gran parte, con la manera tradicional de entenderla, y, por otro, está muy alejada de ese determinismo absoluto que podrían dar a entender algunas de sus obras, especialmente del inicio de su carrera.

#### 10. EL DETERMINISMO DE «LO PATOLÓGICO» FRENTE A LA LIBERTAD DE «LO NORMAL»

Otro contexto en el que Freud va a hablar de la libertad y del determinismo es al señalar la diferencia que hay entre el individuo normal, cuyo yo controla las distintas fuerzas y representaciones de su psiquismo y el individuo enfermo que siente que carece de ese control y que es dominado por elementos extraños:

«En ciertas enfermedades, y desde luego en las neurosis por nosotros estudiadas, sucede otra cosa. El yo se siente a disgusto, pues tropieza con limitaciones de su poder dentro de su propia casa, dentro del alma misma. Surgen de pronto pensamientos, de los que no se sabe de dónde vienen, sin que tampoco sea posible rechazarlos. Tales huéspedes indeseables parecen incluso ser más poderosos que los sometidos al yo; resisten a todos los medios coercitivos de la voluntad, y permanecen impertérritos ante la contradicción lógica y ante el testimonio contrario a la realidad. O surgen impulsos, que son como los de un extraño, de suerte que el yo los niega, pero no obstante ha de temerlos y toma medidas precautorias contra ellos. El yo se dice que aquello es una enfermedad, una invasión extranjera, e intensifica su vigilancia; pero no puede comprender por qué se siente tan singularmente paralizado.

... El psicoanálisis procura esclarecer estos inquietantes casos patológicos, emprende largas y minuciosas investigaciones y puede, por fin, decir al yo: “No se ha introducido en ti nada extraño; una parte de tu propia vida anímica se ha sustraído a tu conocimiento y a la soberanía de tu voluntad...” (1917, III, 2435).

«Las ramificaciones de este inconsciente reprimido eran los elementos que mantenían aquella labor mental involuntaria, en la que consistía su dolencia» (1909, II, 1452).

La carencia de libertad, por tanto, está en la raíz misma de la enfermedad mental, frente a una vida sana, en la que tenemos una cierta capacidad de elección. Por supuesto, esa capacidad de elección es limitada, pero a estas alturas no creo que nadie crea en una libertad absoluta. El problema más bien es dónde

están los límites de la misma. La propuesta de Freud, como muchas de las propuestas interesantes, quizás insiste excesivamente en uno de esos límites de la libertad, pero eso no le resta valor.

#### 11. INTENTO DE CONCILIACIÓN ENTRE DETERMINISMO Y LIBERTAD

Llegados a este punto, parece conveniente intentar conciliar las dos posturas contrapuestas que aparentemente se encuentran en la obra de Freud. Para eso vamos a partir de los análisis de una serie de autores que, refiriéndose específicamente a Freud o haciéndolo al psicoanálisis en general, han señalado la existencia de esa doble vertiente que nosotros venimos resaltando en la obra freudiana y, para armonizarla, han defendido posiciones que cabe calificar de compatibilistas<sup>32</sup>. Creemos que la exposición y la discusión de sus propuestas

<sup>32</sup> En el texto principal no nos vamos a detener en las posturas que, al intentar compaginar el determinismo y la libertad, terminan, a nuestro juicio, en una forma de libertarismo, porque creemos que ya han sido en parte rebatidas a lo largo de este trabajo. Así, por ejemplo, la de Farber (*Lying, Despair, Jealousy, Envy, Sex, Suicide, Drugs, and the Good Life*, New York, Basic Books, 1976). Este pensador ha sostenido que entre los motivos y la actividad humana existe una separación, que es el terreno para que actúe la voluntad. Unos y otra tienen funciones distintas. No existe actividad humana que no esté constituida tanto por motivos como por la voluntad, aunque ésta sea en muchas ocasiones invisible. El ejercicio consciente de la voluntad es necesario y satisfactorio en algunas ocasiones y en otras es contraproducente. Con frecuencia se pretende que la voluntad posee más capacidad de la que en realidad tiene, pero eso es un error: somos libres para algunas cosas, pero no para otras. Las teorías psicoanalíticas tradicionales, por el contrario, han subrayado muchas características de la motivación humana, olvidándose de la voluntad. «El analizado no sólo es un títere movido por cuerdas (motivos): también es el titiritero (la voluntad) que al mismo tiempo elige las cuerdas, las coordina y dirige la conducta» (MITCHELL, S. A., *Conceptos relacionales en psicoanálisis. Una integración*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1993, p. 287). De este modo la propuesta de Farber no exige que se elija entre la psicodinámica y la voluntad, sino que cada una tendría su lugar dentro de la comprensión analítica de cualquier actividad o experiencia (esta breve exposición está basada en la que hace MITCHELL, *op. cit.*, pp. 285-287). Pensamos que esta lectura en parte puede ser correcta, pero no creemos que Freud iría tan lejos en el papel que Farber le atribuye a la voluntad. En el fondo, Farber parece que sostiene una separación excesiva entre la voluntad y la psicodinámica que nos parece que en Freud no se da. Dicho más claramente, si atribuyéramos a Freud una teoría como la que propone Farber, le estaríamos endosando una forma de libertarismo puro, en la que el yo del agente, la voluntad, tiene capacidad para elegir situándose por encima de sus motivos, como si fuera un yo desenraizado de los mismos, que el creador del psicoanálisis no aceptaría. Como hemos visto y desarrollaremos posteriormente, Freud cree que el yo se identifica con sus aspiraciones y eso lo aproxima más a ciertas formas de compatibilismo como la de Frankfurt, por ejemplo.

Tampoco nos vamos a ocupar en el texto principal de otros autores que, aunque han hecho sugerencias interesantes sobre el tema, no han propuesto soluciones que nos sirvan para Freud. Entre éstos estaría Schafer. Éste ha basado su propuesta en la tesis de que «el lenguaje y la teoría del psicoanálisis siguieron el modelo de la física newtoniana, la disciplina prototípica del medio intelectual de Freud. Si los procesos mentales han de explicarse «de manera científica», deben definirse como acontecimientos físicos y fuerzas energéticas. En la teoría no cabe la persona como promotor activo de su vida» (MITCHELL, *op. cit.*, p. 288). Pero luego, la

pueden ayudar a clarificar y a completar nuestra posición, que detallaremos al final.

Según el compatibilismo clásico, hay libertad no cuando se produce ausencia de causas, sino cuando las causas que nos mueven a actuar son de un tipo determinado y no de otro. La libertad es una forma de causalidad. Este modo de entender la cuestión supone que el agente libre se autodetermina, porque el yo se identifica con esas causas que lo mueven a actuar, que son sus estados mentales, esto es, sus creencias, sus deseos, sus esperanzas, etc. Así, por ejemplo, el compatibilismo de Hume<sup>33</sup> y de Ayer<sup>34</sup>, sostiene que somos libres cuando hacemos aquello que deseamos hacer, es decir, cuando las causas de nuestras acciones son nuestros deseos. Sólo cuando hay una coacción externa (Hume) o una compulsión interna patológica (Ayer) carecemos de libertad.

Pues bien, en esa línea del compatibilismo clásico se han hecho varias propuestas encaminadas a conciliar el determinismo y la libertad en el psicoanálisis. Tomaremos como muestra la adoptada por Frederick A. Weiss<sup>35</sup>. Este autor señala:

«No considero los conceptos de causalidad y libertad como mutuamente excluyentes. Como he señalado en un trabajo anterior: “Una acción humana aparece absolutamente determinada sólo si es analizada después de que ha sido completada. Todo entonces parece que ha sido el resultado de una necesidad absoluta. Pero esto no se muestra verdadero cuando estudiamos la acción en el proceso de su nacimiento. Allí existe una libertad de elección... Esa elección está deter-

---

práctica psicoanalítica ha ido descubriendo una amplia serie de significados personales y de intenciones inconscientes que formaban parte de la experiencia cotidiana. Y «tarde o temprano, estos conceptos se emplean —deben emplearse— para sugerir una entidad que se encuentra más o menos fuera del llamado juego de fuerzas, de la llamada interrelación de las funciones, del llamado campo de determinantes... Hay una brecha entre la persona por un lado y el aparato de las ciencias naturales por el otro» (SCHAFER, R., *A New Language for Psychoanalysis*, New Haven, Yale University Press, 1978, p. 119, citado por MITCHELL, *op. cit.*, p. 289). La propuesta de Schafer ante este hiato ha consistido en sugerir que el psicoanálisis adopte un “lenguaje de la acción”, que elimine todos los conceptos antropológicos y materializados y que coloque al actor en el centro de todas las actividades» (MITCHELL, *op. cit.*, p. 289). Este análisis es interesante en cuanto señala los orígenes distintos de las dos líneas de pensamiento que hemos venido mostrando en Freud. Sin embargo, no creemos que nos sirva en nuestro intento de conciliación entre determinismo y libertad, porque no se trata de lo que habría que hacer, sino de lo que hizo Freud ante ese problema.

<sup>33</sup> Cf. *Investigación sobre el conocimiento humano*, Madrid, Alianza, trad. de J. de Salas, cap. 8.

<sup>34</sup> Cf. «Libertad y necesidad», en *Ensayos filosóficos*, Barcelona, trad. de F. Béjar, Planeta-Agostini, 1986.

<sup>35</sup> Una posición muy semejante, que también se situaría dentro del compatibilismo clásico, es la adoptada por C. Hanly. Según este autor, «el paso fundamental para definir psicoanalíticamente el concepto de libertad, es el de reconocer que la diferencia entre un acto libre y un acto obligado estriba en la naturaleza distinta de las causas, pues todos los actos son causales» (*Existencialism and Psychoanalysis*, Nueva York, International Universities Press, 1979, p. 268, citado por S. A. MITCHELL, *op. cit.*, p. 284). Lo esencial de la crítica que haremos a Weiss creemos que es aplicable a Hanly, a saber, que es a costa de disminuir la libertad como logra compatibilizarla con el determinismo. Freud, sin embargo, no parece que hable de una libertad en ese sentido.

minada por la estructura total del carácter cambiante del paciente. Cuanto más disminuyan su ansiedad neurótica y sus compulsiones, más consciente de sí mismo y de sus verdaderas motivaciones llega a ser, y su elección será la mejor —mejor en cuanto lo mueve directamente hacia su autorrealización»—<sup>36</sup>.

Weiss aclara un poco más lo que quiere decir al señalar que «en la terapia psicoanalítica la conciencia creciente de cómo su vida está determinada por otros y por él mismo, de cómo era distorsionada, restringida y extraña hasta ahora, produce un *shock* emocional que crea el impulso y la fuerza de voluntad más grandes para cambiar, para convertirse en una fuerza determinante en la vida de uno y tomar sobre sí la total responsabilidad de ella»<sup>37</sup>. De este modo, «hay en el ser humano sano un esforzarse esencial por la autodeterminación que enriquece la vida, un deseo de asumir responsabilidad, de determinar la propia vida y, dentro de los límites de la realidad, el propio destino»<sup>38</sup>.

Creo, en primer lugar, que en la propuesta de Weiss hay una cierta confusión semejante a la que señalábamos en Freud. Si algo está causado no puede ser libre al mismo tiempo, a no ser que entendamos «causado» en un sentido muy lato, semejante a condicionado, con lo cual no habría determinismo. Por otra parte, se confunde también el que los resultados puedan ser diferentes, cuando los factores antecedentes son los mismos, con que los resultados puedan ser distintos, al ser diferentes los factores antecedentes. Lo primero implica libertad, lo segundo, que es a lo que parece que apunta Weiss, no tiene por qué hacerlo. Pero, en cualquier caso, si la elección está determinada por la estructura total del carácter del paciente, por mucho que ese carácter sea cambiante, no va a dejar de estar determinada. Según las circunstancias (la realidad externa, física y social) esa personalidad evolucionará de un modo o de otro, pero el sujeto no tendrá capacidad para establecer su propio camino. Además, no está nada claro cómo ese sujeto se puede abrir un hueco en el conjunto de factores determinantes, para asumir ese mayor grado de protagonismo y de responsabilidad. Por tanto, no parece que los textos comentados de Freud puedan encajar en una propuesta semejante. El problema del compatibilismo clásico y, por tanto, de todas las propuestas que estén en su onda, es que logra compatibilizar la libertad y el determinismo a costa de disminuir en exceso aquélla, esto es, de reducirla, como decíamos a una clase de determinación<sup>39</sup>. En esta propues-

<sup>36</sup> *Op. cit.*, p. 60.

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> Wallwork también sostiene que de ningún modo podemos atribuir a Freud una teoría compatibilista clásica (él la denomina teoría flexible de la libertad), ya que «el problema de la libertad de elección no desaparece cuando el exponente de esta teoría mueve su varita mágica semántica, porque el concepto de libertad empleado por él se halla tan constreñido que no hace justicia al concepto de libre elección, el cual resulta esencial para la atribución de responsabilidad moral. (...) Decir que una acción es libre significa, cuando menos, que el agente pudo haber actuado de otra manera dadas exactamente las mismas condiciones, y no nada más que la persona sienta que fue libre porque aprobó lo que finalmente tenía que hacer como fuera» (*op. cit.*, 83-84).

ta, sin embargo, nos parece interesante la idea de que la mayor conciencia de los distintos factores que producen la conducta proporciona una mayor libertad. De hecho, nosotros la defendemos también.

Una segunda propuesta compatibilista, aunque no exactamente de tipo clásico, es la realizada por Peter Gay. Según este autor, «el determinismo de Freud es distinto [del determinismo estricto]. Su estructura está abierta al mundo, es hospitalaria al cambio y a las posibilidades; deja un espacio para el ejercicio de un esfuerzo mental y moral»<sup>40</sup>. «Todos los actos —o síntomas, o ataques de ansiedad— tienen causas, pero su forma, su tiempo, su intensidad, sus muchos significados no están completamente programados de antemano»<sup>41</sup>. También en este caso sería la toma de conciencia progresiva de los distintos factores lo que amplía el campo de la libertad. Si, por medio del análisis, tomamos conciencia de ciertos factores que desde el inconsciente determinan nuestras decisiones, éstas podría ser distintas en cuanto que esos factores habrían perdido, al traerlos a la conciencia, su fuerza.

Nosotros, como se puede deducir por lo dicho hasta ahora, estamos bastante de acuerdo con la manera de entender la libertad de esta propuesta, aunque nos parece insuficientemente explicada. Sin embargo, lo que no acabamos de ver en ella es cómo entiende Freud el determinismo, para que pueda estar abierto al cambio y a distintas posibilidades. Sólo en la medida en que se explique cómo se entiende ese determinismo se podrá ver si es compatible con la libertad y hasta qué punto los textos de Freud permiten aceptarlo. Por tanto, esta propuesta nos parece aceptable, pero insuficiente.

Otra propuesta que se aparta de las formas usuales de compatibilismo es la que hace Wallwork. Dicha propuesta consiste básicamente en distinguir la universalidad de la causalidad, que nuestro autor defendería, de la uniformidad de la misma, que rechazaría. Freud, según Wallwork, estaría buscando «un poco a tuestas, una nueva comprensión del determinismo que resulte apropiada para las ciencias psicológicas que explique el desarrollo de las decisiones y las elecciones relativamente libres de los adultos comparativamente maduros y sanos. En ninguna parte Freud abandona el postulado de que todo está determinado por causas, si bien se aleja cada vez más de las nociones de determinismo derivadas de las ciencias físicas que sugieren una psicología de la pasividad. En su lugar, Freud desarrolla la noción implícita de que las causas y las leyes adoptan un carácter diferente cuando rigen no a los hechos físicos, sino a las acciones mentales; en particular a las acciones elevadas del ego»<sup>42</sup>. Según esta propuesta, por tanto, hay determinismo tanto en los hechos de los que se ocupan las ciencias físicas, como en los fenómenos psíquicos de los que se ocupa la psicología, pero el tipo de determinismo es diferente en uno y otro campo. Mientras en el primer caso es un determinismo estricto, en el segundo se trataría de un determinismo en el que «toda la conducta psicológica es motivada y guiada, de

<sup>40</sup> «Freud and Freedom», p. 44.

<sup>41</sup> *Loc. cit.*, p. 50.

<sup>42</sup> *Op. cit.*, p. 85.

un modo general, por los principios reguladores que rigen la vida psíquica; pero no afirma que ésta no podría ser diferente de cómo es»<sup>43</sup>. Freud, según Wallwork habla de propósitos e intenciones como las causas de la conducta, pero tales causas son de tipo teleológico y son la clase de causas que se necesitan para las elecciones voluntarias. Esta propuesta, que nos parece valiosa y sugerente en algunos aspectos, creemos que tiene varios problemas:

- 1) En ningún lugar, que nosotros sepamos, se refiere Freud a una diferencia entre el determinismo de las ciencias físicas y el de las ciencias psicológicas. Creemos que ésta es una hipótesis especulativa sin ninguna base textual.
- 2) No es cierto que Freud se aleje de la noción de determinismo derivada de las ciencias físicas [véase el texto de *El ello y el yo* (1923)] que citábamos anteriormente, en el que se propone un modelo mecanicista biológico. Lo que hace es restringirla a ciertos ámbitos de la vida psíquica, como hemos venido mostrando.
- 3) No pensamos que de los textos de Freud se deduzca que toda la vida psíquica escapa al determinismo estricto. Los textos citados que hablan del poder de la voluntad y de la capacidad de elección del yo niegan semejante tesis. La pretensión de Wallwork de que Freud quiere extender incluso a los motivos/causas inconscientes una explicación teleológica, que haría posible la libertad en este ámbito, nos parece, cuando menos, muy discutible.

Frente a estos intentos de conciliar el determinismo y la libertad en Freud, la propuesta que vamos a hacer nosotros tiene ciertas semejanzas con algunas formas de compatibilismo, en la línea del de H. G. Frankfurt<sup>44</sup>, aunque también difiere en muchos aspectos de ellas. Por supuesto, no estamos diciendo que Freud realizara una elaboración de esta cuestión como la que vamos a proponer, pero sí creemos que los distintos puntos de vista que van surgiendo en su obra se pueden armonizar recurriendo a una teoría semejante.

En primer lugar, las tópicas freudianas sugieren que habría que distinguir varios niveles en la personalidad, que funcionan de modo diferente, rigiendo en unos, los inconscientes, el determinismo y en otros, los conscientes (especialmente el yo consciente), un cierto grado de libertad. Esto es totalmente compatible con todos los textos que hemos venido citando y permitiría que, según en qué contextos nos movamos, se pueda hablar de determinismo o libertad sin caer en contradicciones. Además, permitiría entender esa cierta evolución en sus ideas sobre la cuestión a la que también nos referíamos. Esto, por otra parte, nos lleva, frente a la propuesta de Wallwork, a rechazar que todo el psiquismo esté determinado de la forma libertarista que sugiere este autor, que nos parece contradictoria.

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> Cf. «Freedom of the Will and the Concept of a Person», en G. WATSON (ed.), *Free Will*, Oxford, Oxford University Press, 1982, pp. 81-95; también, «Alternate Possibilities and Moral Responsibility», *Journal of Philosophy* 66 (1969) 828-839.

En segundo lugar, la explicación de la libertad que da Freud consistiría en la capacidad del yo consciente para, de acuerdo con una serie de valores, concretados en proyectos y metas propios (lo que Freud denomina aspiraciones), deliberar y, en último término, decidir, entre los distintos impulsos y demandas tanto de las diferentes instancias de la personalidad como del mundo exterior (remitimos al texto de 1917, III, 2434-2435, citado anteriormente).

El yo en este planteamiento, por tanto, «representa lo que pudiéramos llamar la razón o la reflexión, opuestamente al ello que contiene las pasiones» (1923, III, 2708) y se identificaría con esos valores que asume cada uno y que dan lugar a sus aspiraciones vitales. Esto supone, por un lado, que no es un yo desarraigado de sus estados mentales, frente a un enfoque libertarista puro, y, por otro, que tampoco es un yo determinista puro, simple marioneta de los impulsos y demandas de las distintas instancias de su personalidad y de las exigencias del medio.

En tercer lugar, esa capacidad reflexiva y valorativa que permite la libertad sería el resultado de un proceso de maduración que llevaría desde el niño, totalmente determinado, a la persona adulta sana, normal, que tendría un cierto grado de libertad:

«En el curso de mi conversación con él le advierto que, lógicamente, ha de considerarse por completo irresponsable de tales rasgos de su carácter, pues semejantes impulsos reprochables proceden todos de la vida infantil, correspondiendo a ramificaciones del carácter infantil subsistentes en lo inconsciente, y como él sabe muy bien, no es posible atribuir al niño responsabilidad ética. De la suma de las disposiciones del niño nace en el curso del desarrollo el hombre éticamente responsable» (1909, II, 1456).

El grado de libertad que alcance cada uno dependerá de su propio desarrollo. Esto tendría como consecuencia que aquellos individuos que se han quedado estancados en ciertas etapas del desarrollo psicosexual no alcancen, al menos en algunos ámbitos de su vida, el grado de libertad que tiene una persona sana:

«Lo inconsciente era lo infantil y precisamente aquella parte de la persona que en aquella época se separaba de ella, no acompañándola en el resto de la evolución y quedando por ello reprimida. Las ramificaciones de este inconsciente reprimido eran los elementos que mantenían aquella labor mental involuntaria, en la que consistía su dolencia» (1909, II, 1452).

De ahí que, como veíamos, en las patologías predomina el determinismo frente a la libertad de la vida sana (1914 [1915], II, 1694; 1917, III, 2435).

En cuarto lugar, los valores de los sujetos que subyacen a sus aspiraciones están determinados en un primer momento por los principios básicos del psiquismo de los que habla Freud, el principio de placer y el de destrucción, a los que el contacto con la realidad física y social irá, de algún modo, conteniendo y limitando (principio de realidad). La superación del complejo de Edipo, primero, y la aparición y aumento progresivo de la capacidad de reflexión, después, hará que esos valores básicos en cierta manera se vayan haciendo más



autónomos y más independientes de la influencia de esos principios fundamentales del psiquismo y del medio exterior, constituyéndose el superyo. Freud identificará esas aspiraciones del yo con «el ideal del yo» que es un constituyente de esta instancia psíquica. Dado que el superyo tiene una parte inconsciente y otra consciente, y estamos hablando de las aspiraciones en función de las que el yo consciente toma sus decisiones, se trataría de la parte consciente de aquel sistema.

Todo esto nos lleva a una cuestión fundamental para el tema que estamos tratando y es la siguiente: si las decisiones voluntarias del yo tienen como base esas aspiraciones del superyo, aspiraciones que se transmiten de padres a hijos y que pasan a ser «el sustrato de la tradición de todas las valoraciones permanentes» (1932 [1933], III, 3138), ¿queda algún hueco para la libertad? Este es un problema que creo que Freud deja sin resolver. Pero su respuesta parece que tendría que ser en parte negativa, ya que todas nuestras acciones voluntarias estarían de algún modo causadas/determinadas por esas aspiraciones sobre las que el yo no parece tener mucho control. Una posibilidad de salvar en parte la libertad sería suponer que el yo, por medio de su capacidad de reflexión, tiene cierto poder para modificar esas aspiraciones que le han transmitido. Eso, sin embargo, no aparece de un modo explícito y claro en la obra freudiana.

Freud, por tanto, terminaría defendiendo, como hemos venido diciendo, un compatibilismo en el que la libertad, además de ser limitada a ciertos ámbitos, compatible con otros en los que existe determinación, depende de factores que no controla totalmente nuestro yo, con lo cual es una libertad que, en última instancia, estaría causada en su base por esas aspiraciones, sobre las que el yo sólo tiene un dominio muy limitado y quizás, como acabamos de apuntar, una cierta capacidad de modificación por medio de la reflexión.

#### OBRAS DE FREUD CITADAS EN EL TEXTO

Como hemos señalado en nota, citamos según la fecha de redacción, seguida de la fecha de publicación entre corchetes, cuando es distinta, que aparecen en las *Obras Completas* editadas por Biblioteca Nueva.

1895: *Estudios sobre la histeria*.

1895 [1950]: *Proyecto de una psicología para neurólogos*.

1898-1899 [1900]: *La interpretación de los sueños*.

1900-1901 [1901-1904]: *Psicopatología de la vida cotidiana*.

1904 [1905]: *Sobre psicoterapia*.

1906: *El psicoanálisis y el diagnóstico de los hechos en los procedimientos judiciales*.

1909: *Análisis de un caso de neurosis obsesiva*.

1909 [1910]: *Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University (EE. UU.)*.

1912: *La dinámica de la transferencia*.

1914 [1915]: *Observaciones sobre el amor de transferencia*.

1915-1917 [1916-1917]: *Lecciones introductorias al psicoanálisis*.

1916 [1917]: *Una dificultad del psicoanálisis*.

1920: *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina.*

1922 [1923]: *Psicoanálisis y teoría de la libido. Dos artículos de enciclopedia.*

1923: *El yo y el ello.*

1925 [1926]: *Inhibición, síntoma y angustia.*

1926: *Análisis profano (psicoanálisis y medicina). Conversaciones con una persona imparcial.*

1932 [1933]: *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis.*

Departamento de Filosofía IV, Facultad de Psicología  
Univ. Complutense de Madrid, Campus de Somosaguas  
28223 Madrid  
jaguerro@psi.ucm.es

JOSÉ ANTONIO GUERRERO DEL AMO

[Artículo aprobado para publicación en noviembre de 2007]